

mente cuanto se sabe que no se dará nada.

¡Demagogos sin sinceridad, raza de titiriteros! Esto en cuanto a los jefes.

En cuanto a la multitud, aturdida por estas promesas, deslumbrada por esta puja, no sabe ya distinguir lo posible de lo quimérico y no ve sus propios intereses. Se le ha hablado tanto de su poderío, que al fin ha acabado por creerlo.

Que hay hechos que escapan a la empresa de la ley... ni siquiera lo sospecha.

Hasta en los ambientes revolucionarios, hasta entre los mismos comunistas más antiparlamentarios, yo he visto buenas gentes que se imaginan que se puede, por decreto, suprimir la moneda, por ejemplo, y ajustar sin más preocupaciones la producción y el consumo. ¡Como si los hechos económicos no escaparan en su gran parte a la reglamentación de los hombres!

¡Tanto valdría esperar de un voto de la mayoría la modificación de las leyes de la gravedad, el cambio del curso de la luna o la supresión de las mareas!

Ilusión pueril, ciertamente, pero ilusión peligrosa, porque desvía del esfuerzo.

Es el peor daño que ha cometido el boletín del voto.

Obreros, campesinos, empleados, pequeños burgueses, funcionarios de miseria decente, han puesto sobre la papeleta electoral su suprema esperanza. ¡Es tan cómodo! «¡Sufrís, queréis mejorar vuestra suerte! No hay necesidad de reflexionar, de organizaros, de luchar, de obrar. Todo esto es fatigoso. Tomad este trozo de papel y escribid encima el nombre de Tarugo. Bien. Metedlo en esta caja que se llama la «urna». Perfectamente. Ahora permaneced quietos. Sobre todo, no os organicéis, no os sindicéis, no os rebeléis. Haríais el juego de la reacción. Dentro de cuatro años, si vuestra situación no ha mejorado, recomenzaréis el juego».

Y en efecto, todo el mundo recomienda, todo el mundo espera el término de sus miserias de este papel

plegado en cuatro dobleces, absolutamente como el cristiano espera su salvación del pequeño trozo de pan sin levadura que le ponen sobre la lengua.

Desde luego, ninguna necesidad hay de reflexionar, de informarse, de comprender y de obrar. El campesino no sabe cómo se establece el curso del trigo, el *puddleur* ignora el precio de la fundición que fabrica, el empleado no sabe de dónde viene el producto que vende, el rentista no podría decir dónde se encuentra la sociedad cuyos títulos posee. Y se presencia el espectáculo verdaderamente cómico de 20.000.000 de hombres que trabajan, producen y economizan sin descanso sin que nunca sepan lo que es del producto de su esfuerzo.

Solamente unos cuantos hombres «saben», y son los grandes jefes de los consejos de administración. No han absorbido, como creía Marx, todas las riquezas; pero han acaparado su dirección. Ellos solos, y sus servidores más directos, comprenden el funcionamiento de la máquina. Y aquí está el secreto de su dominio. No descansa únicamente en la fuerza frágil de las armas y de la policía, como creen aún demasiados revolucionarios, ni descansa siquiera en la supremacía frágil del dinero. Descansa sobre la única fuerza fecunda y que no puede ser apropiada con un golpe de fuerza; la «competencia», la inteligencia.

Pues bien; la acción parlamentaria, por el hecho de que hace creer al pueblo que todo problema puede ser resuelto por una votación de la mayoría, desvía la masa de esta preocupación y de este esfuerzo. Impide el nacimiento de una *élite* obrera. Convierte todo un pueblo en una multitud de menores en tutela, condenados a la explotación de los hacendistas y al ilusionismo de los charlatanes políticos.

Es el mayor crimen que se le puede reprochar; rebaja los espíritus, envilece las conciencias, castra las voluntades e impide la formación, en los ambientes obreros y de la burguesía pequeña, de esta cosa tan necesaria,